



Creación y Cultura

“La agonía de Mariátegui” o la muerte de dos tesis

por César Lévano

El historiador Stuart Hughes escribió que en su juventud se consideraba que tenían que pasar cien años antes de que un tema histórico fuera susceptible de adecuada inspección académica. “La agonía de Mariátegui. La polémica con la Komintern” (*), último libro de Alberto Flores Galindo, pareciera dar la razón al inglés. No sugerimos que el autor debió esperar cincuenta años más para elaborar su tesis; opinamos, sí, que su texto se resiente de un exceso de prisa y de pasión. Soy amigo de Flores Galindo; pero, aconsejándome en Cervantes, más amigo soy de la verdad.

Sin duda, el historiador de estos temas avanza por suelo difícil y frecuentemente hostil. Tiene que luchar contra mil prejuicios, incluidos los propios, que a veces son 999. Yendo por la ancha ruta abierta por José Aricó (y antes por el francés Robert Paris), Flores Galindo sustenta dos prejuicios: 1) que entre la Internacional Comunista y José Carlos Mariátegui hubo una prolongada guerra a muerte, 2) que Mariátegui era, al morir, un hombre solitario y derrotado.

Respecto de la I.C., el autor se excede. Se agarra de un clavo ardiendo cuando, por ejemplo, examina el caso de la Conferencia de Partidos Comunistas realizada en Buenos Aires en junio de 1929. “El esbozo de programa leído por Julio Portocarrero en Buenos Aires” escribe Flores Galindo, “no hubiera podido ser acusado de ‘reformista’, ni menos de ‘socialdemócrata’. Los seis puntos principales deben ser citados **in extenso** porque, salvo en las actas del Congreso, la reproducción de Martínez de la Torre y la cita de ellos en un folleto de Vanguardia Revolucionaria (1965), se trata de un texto soslayado, omitido y desterrado del pensamiento de Mariátegui, por razones que pueden resultar obvias luego de su lectura”. (pág. 86)

Es el famoso texto que habla de “armamento inmediato de los obreros y campesinos”. Tras tan victoriosa cita, Flores Galindo insiste: “También en el

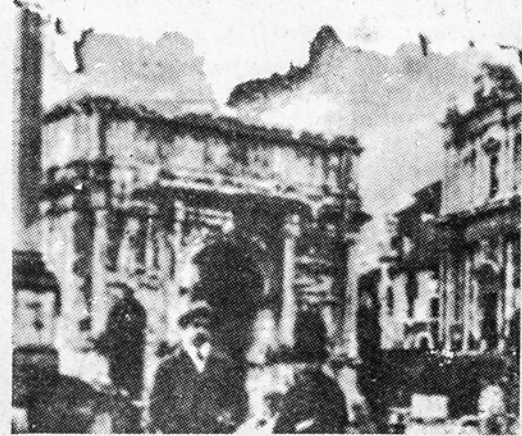
programa (ese programa) resultaron nuevas discrepancias con la Internacional. En ese entonces los comunistas admitían la lucha armada, pero hubieran preferido que se propusiera la organización de ‘soviets’ y no de ‘municipios’ como sostenía Mariátegui”.

Pues bien: el programa que Portocarrero leyó en Buenos Aires no es de Mariátegui. Es un programa enviado a Mariátegui, desde París, con fecha 29 de diciembre de 1928, por Eudocio Ravines a nombre de la Célula del Partido Socialista en que también militaba César Vallejo. Lo curioso es que Flores Galindo no parece haber leído un texto mío que coexiste con otro de él en el difundido volumen “7 Ensayos: cincuenta años en la historia”. En respuesta a Patricio Ricketts demostré allí que ese programa no es de Mariátegui, como se puede comprobar en el tomo segundo de “Apuntes para una interpretación marxista de la historia social del Perú”, de Martínez de la Torre.

Algo más, ese programa de inconfundible tinta ravinista, es copia fiel (o casi) del aprobado por el VI Congreso de la Internacional Comunista, llevado a cabo entre julio y setiembre de 1928 en Moscú. Eso se puede ver cotejando el texto que figura en las páginas 238 y 293 de “VI Congreso de la Internacional Comunista. Primera parte”, Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1977. Como aparece de las memorias de Jules Humbert-Droz, “el camarada Luis” de la Conferencia de Buenos Aires, esas resoluciones son de la mano de Bujarin y del propio Humbert-Droz. Mal podía éste oponerse, entonces, a su creatura. Eso se deduce, además, de la carta del Dr. Hugo Pesce al grupo de París fechada apenas concluida la cita bonaerense, y que figura en las páginas 483 y 484 del segundo tomo de Martínez de la Torre. (En honor de la verdad, el único aporte creador introducido por Ravines al texto de la I.C. era el que hablaba de “municipios de obreros, campesinos y soldados”).

El problema de Flores Galindo y otros

ALBERTO FLORES GALINDO LA AGONIA DE MARIATEGUI La polémica con la Komintern



es que quieren exagerar, absolutizar, contradicciones que realmente existieron entre Mariátegui y el Buró Sudamericano de la I.C., encabezado por Victorio Codovilla, el cual, como ya hemos señalado, prefería evidentemente Ravines (o Martínez de la Torre o Portocarrero) a Mariátegui.

En cuanto a la otra tesis, la de la soledad y la derrota de Mariátegui, no resiste el análisis. Hasta los fragmentos de cartas de Mariátegui que Flores Galindo cita demuestran que su decisión de partir a Buenos Aires no tenía nada que hacer con una decepción ante los resultados de la Conferencia Comunista, ni con la deserción de sus compañeros políticos. El afán de partir era muy anterior a ese proceso.

¿Para qué seguir? Sin desestimar algunos aciertos historiográficos —en particular el rastreo de rasgos políticos y culturales independientes y autónomos de nuestro movimiento obrero—, sobre “La agonía de Mariátegui” se podría dejar caer la frase que Borges acuñó para unos romances de Silva Valdez: íntimamente este libro adolece de muerte.

(*) Alberto Flores Galindo: *La agonía de Mariátegui. La polémica con la Komintern*, Lima, Desco, 1980, 134 páginas.